

"Yo fui un ladrón". Trabajos de "sueño" y "estuche"

Elite.

(Relato de "Orlando")

El trabajo de "estuche" consiste en robar establecimientos y almacenes donde no vive nadie. El ladrón que se dedica a esta especialidad tiene preferencias por las joyerías y las sastrerías. En ellas encuentra mercancía de fácil reventa. Antes del golpe, el "estuchero" observa la cerradura. Si es de éstas que llaman de "chapa", del género de llavín, es un juego de niños. El "estuchero" teme enfrentarse con dos marcas de cerradura: "Master" o "Yale". Estas requieren una "crucecita" o una "banderita", herramientas que no pueden olvidar los del oficio cuando van a trabajar. Si a pesar de todo, la cerradura no se rinde, o está la puerta trancada por detrás, se sirve del "tonto", una barreta de hierro de una forma especial con la que "la puerta revienta porque revienta"...

Lo primero que hace un "estuchero" al abrir la puerta es volver a cerrarla, pero con él dentro. Fuera queda el "campanero"; así llaman al compañero que está encargado de advertirle si hay "algo anormal". Pero se trata de que ningún transeúnte sospeche nada. lo segundo que le preocupa al "estuchero" es cómo escapar si ocurre algo, y deja abierta una ventana u otra puerta que dé acceso a la calle.

Hecho esto, no hay más que ponerse tranquilamente a trabajar y cargar con lo que puede. Si la mercancía es "ligera", le bastarán seguramente los bolsillos y algún maletín o bolsa que le regalará el establecimiento. Si, en cambio, es "pesada", le hará falta un camión. Y conviene advertir que entre los ladrones no hay trampa; que si hay algún oficio honrado es el de ladrón. "Orlando" me decía que hay muy escasas ocasiones en que entre sí juegan "garrote". Esto consiste en ocultar parte del botín a fin de eludir su reparto. Pero aún fuera de la ley, hay normas que se cumplen: "mitad para el campanero", mitad para el "estuchero".

Pero con robar, sólo se ha cumplido la primera parte del trabajo. Hay que vender después la mercancía. Y ésta es casi otra especialidad. Hay que estar en contacto con el "aguantador", quien se arriesga con la mercancía con el aliciente de un buen precio. En Caracas, por ejemplo, los "aguantadores" son muy escasos. De ahí que ningún nuevo en el oficio o ningún recién llegado se dedique a esa especialidad del robo.

Si de lo que se trata es de una caja fuerte, el trabajo es más delicado. Utilizar soplete es bastante engorroso y difícil, y requiere casi otra especialización. Cuando el "estuchero" tropieza con una de estas cajas recurre a otro procedimiento: la voltea y trabaja en su fondo, que siempre es el lado más débil. Abre un "rotico" con una broca en cada uno de los dos ángulos opuestos, en diagonal. Después, con una cizalla o un elemento adecuado de corte muy vivo, parten dos cortes de cada agujero paralelos a las aristas, como si se tratara de abrir una lata de sardinas.

Si el establecimiento está situado en una calle muy comercial, generalmente vigilada, se busca una entrada por el techo. Es el procedimiento más seguro, aunque ya van quedando muy pocos locales que permiten trabajar el "descuelgue".

* * *

Trabajar "sueño" es más arriesgado. Consiste en robar las casas de habitación mientras duermen los inquilinos. Lo primero que hay que hacer aquí es también observar. Se buscan principalmente los barrios residenciales. El "campo" está más despejado y el botín más seguro. Durante la tarde se eligen una, dos o tres quintas. Uno da después el golpe en la que más le guste. pero hay que tener dos o tres elegidas para recurrir a ellas en caso de que en la noche alguna circunstancia inesperada le obligue a desistir de la preferida. Durante el día el ladrón ha alcanzado a ver los muebles, los juguetes del niño, el carro de la casa, la forma en que va vestida la sirvienta, de forma que tiene elementos de juicio para asegurar que allí debe haber joyas o plata. El que trabaja "sueño" tiene un olfato especial para llegar a conclusiones con simples datos. Y falla muy pocas veces. Ha observado también por donde puede introducirse: unas veces es una ventana, otras la puerta principal o de servicio. Y durante la noche...

La hora mejor para robar es de una a tres de la mañana. Digan lo que digan los médicos, el sueño es más pesado en esta parte de la noche. "Orlando" lo sabe por experiencia. ¡Y cuidado con los que duermen "pacito", "sin respirar duro": tienen el sueño ligero! Donde se oye roncar se puede entrar con mayor tranquilidad. Y aunque parezca mentira, "Orlando" prefería robar en habitaciones alumbradas: "así se ve el ambiente y todo", se camina más seguro. "Y trabajando de noche se oyen y ven muchas cuestiones..."

Una vez "Orlando" tuvo que esperar una hora hasta que se durmiera la pareja. También son muy peligrosos los perros. No esos grandotes, que esos los ve uno y trata de evitarlos. Los que pueden dar un susto son los "finos", que duermen en la misma habitación y empiezan a chillar como gatos. Antes de empezar a trabajar hay que sacar un poco de ruido. Si los inquilinos están todavía despiertos, hay alguno que comenta: "¿oíste ese ruido?". Si no ocurre nada: a trabajar. Hay que caminar "blando" y lento. Lo primero que hace el ladrón es destrancar la puerta o la ventana que le parece más útil en caso de apuro. Y ya de aquí en adelante "puro oído". Después hay que revisar la mesilla de noche: aquí puede haber una pistola que conviene poner fuera del alcance del dueño de la casa. Después se revisa su pantalón: la pistola puede estar aquí, o también puede tener plata en la cartera. Si todo va bien, al escaparate o la cómoda. Si no tiene puesta la llave, seguro que estará en la mesilla o encima del escaparate; ¡parece que todos se ponen de acuerdo para guardar ahí la llave!, eventualmente puede estar también en una repisa o guardada en cualquier estuche que haya en la habitación.

Si no hay ninguna alerta del "campanero", ni se despiertan los inquilinos, un cuarto de hora después todo está listo. Pero hay veces que no ocurre así...

Un susto

"Hacía días que había visto toda la cuestión"... Era una quinta que olía a "fino". Vivía un matrimonio solo, con una sirvienta. El viejo era un achacoso partido por la cintura como un cuatro. La muchacha dormía arriba, en el piso. Las ventanas solían estar abiertas de noche, no había perro: aquello parecía un jamón colgado en la calle. Y una noche "Orlando" se decidió... La quinta tenía un gran portón que solía estar abierto. La otra puerta estaba cerrada. Pero a la altura de los ojos tenía una mirilla que se cerraba con un gancho. Se veía a través de la rendija que quedaba de mal ajuste de la puertita. Por ahí introdujo una hoja de cuchillo, y levantó el gancho. Introdujo el brazo por la pequeña puerta de la mirilla y destrancó la puerta. Todo seguía igual de silencioso y de tranquilo. Las luces estaban encendidas. La habitación donde dormía el matrimonio era bastante chiquita. Además de la cama, había una mesa de centro, una cómoda y... una ventana, ¡sólo una ventana! Suerte que estaba abierta de par en par. Porque para llegar a la cómoda tuvo que pasar rozando la cama, y si tuviera que regresar en un apuro por la misma puerta se interpondría el viejo en el camino. Sin embargo, todo continuaba igual, a pesar de que la respiración del viejo parecía peligrosa: respiraba "pacito"...

"Orlando" estaba ya en la cómoda. Nada en la mesilla, nada en los pantalones, estaba revisando un estuche de la cómoda... "¡Cric, crac!"... El viejo estaba volteándose en la cama. Apenas si "Orlando" tuvo tiempo de agacharse y llegar hasta debajo de la mesita, en el centro de la habitación. Ahora veía perfectamente la cara del viejo, con los ojos medio abiertos, sufriendo el fastidio de una noche de insomnio. "Orlando" contenía la respiración y observaba en cuclillas. Un minuto en esa postura parece un año de trabajos forzados. Pero no se atrevía a moverse. A la luz de la lámpara de la mesilla le veía mover los labios al viejo, preocupado por algún dolor. Y aún amodorrado, el viejo se levantó. "Orlando" cambió un poco de postura al amparo del ruido de la cama. El viejo llegó hasta la ventana bostezando y agarrándose a la cintura. Y otro minuto. "Orlando" tuvo que moverse suavemente... El viejo, que iba espabilándose, se volteó; quedó observando fijamente debajo de la mesa. En la penumbra debió ver algo sospechoso. "Orlando" siguió en cuclillas, sudando frío, colgándole la corbata hasta el suelo, y pensó que esto era lo que debía haber visto el viejo... ¡Y "Orlando" saltó hasta la ventana como disparado por una catapulta! Antes de que el viejo saliera de su asombro, sin tiempo siquiera de gritar, el ladrón estaba fuera...

Ya había traspuesto el jardín, y casi había dejado de correr para no llamar la atención, cuando oyó gritar: "¡Ladrones, ladrones!"...